

# PLUMA Y LAPIZ



PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

15 Cents

ADMINISTRACION-BUSQUETS HERMS - CALLE DEL OLMO Nº 8. *Puente*



DE LA ESTUDIANTINA





DESDE LA PUERTA DEL SOL

Es preciso que llegue la canícula con su temperatura brutal de alto horno, hundiendo la villa y corte en una atmósfera de fuego, para saber hasta qué punto resulta Madrid el «primer lugarón de la Mancha.» El estío, con su abundancia, despierta en el corazón el amor á la naturaleza. Tan necesario como el alimento que repara las fuerzas perdidas, es la permanencia en el campo, que, á la vez que nutre la sangre y la llena de vigor, fortifica el espíritu. En la ciudad condal no hay persona pudiente que no habite en su torre durante los meses del calor; los pobres, el pueblo, cuenta con unos hermosos alrededores de población, frondosos y espléndidos, que les proporcionan unos deliciosos domingos. La capital de España se halla enclavada en un páramo, en un llano calvo y amarillo, con el tono seco de los desiertos africanos, rodeada de tejares; á cien metros de la última casa huélese ya á estiércol quemado. La ribera del río es amena y pintoresca, pero carece de medios cómodos de locomoción. De aquí que, aprovechando la rebaja de billetes, se largue á las costas el que posea cuatro cuartos, y que no se oiga por ahí otro grito que el que lanzan los madrileños, impulsados por un chauvinismo traducido del francés, ó mejor, arregiado al español, y sin música de la Marsellesa: ¡Al tren! ¡al tren!

Todo desierto. Va uno al Congreso; resuenan los pasos en el salón de conferencias como en una cripta; un portero del 6.º de li-jeros, que se batió junto á D. Práxedes el 54, se rasca la barba, emulando á su ídolo y señor, y cabecea. Los círculos vacíos, en los paseos, media docena de coches. ¡Un crimen sensacional, por el amor de Dios!... Nada... El juzgado de guardia informa que todo está tranquilo... Sobornémos á la pareja del viaducto para que se distraiga y permita estrellarse á los que lo deseen. Me hacen falta cinco ó seis epígrafes que metan ruido. Los dramas modernos, desde la barandilla á la calle, la ropa del muerto, el puño iracundo... En vano... El teléfono mudo... Madrid toma plácidamente horchata, se abanica, suda, se baña en tina, luce sus calcetines negros ó sus faldas de volantes, aplaude á sus típles de la clase de chicharras, y dice que es feliz, y que en ninguna parte se goza más que en la propia casa, mientras devora, en el fondo de su alma, el odio que siente á las de Gomez y á las de Perez, por el delito de haber tenido dinero para veranear... El reporterismo resulta, hoy por hoy, imposible en la villa del oso; la capital dorada está inconicible... Huyamos á las playas... El lector quiere noticias frescas, y aquí, sobre no ocurrir cosa alguna digna de mención, todo echa chispas.....

Es la silueta del día. Durante el invierno nadie se acuerda del santo de su nombre, pero en el verano torna á ser una institución, á vivir en un trono. Telegramas, cartas, besalamanos, visitas, recomendaciones; no tiene un momento de sosiego; el correo le abrumba; cada día llegan nuevos pedidos de cuartos; los viajeros que ya le conocen de otros años, le escriben con singular afecto: mi querido Rodríguez, mi señor de Perez. Mientras dura el estío, goza de un omnímodo predicamento de ministro; se busca su sonrisa; se le halaga, se le mimas; su favor significa una pieza en su hotel; se elógian sus habitaciones, su cocinero. Y mientras él, con su ortografía de fondista, desnuda de haches, pero con la conciencia del hombre que es necesario, despacha su voluminosa correspondencia, contestando invariabilmente á la nube de elegantes que le piden alojamiento: Ocupada toda la casa, sólo puedo ofrecer á V., por ser quien es, un hueco en el cuarto de la plancha, pagándome por él veinte duros á la semana. La moda lo exige. Acatemos la ominosa dictadura del czar de todos los balnearios: del fondista.

De la cartera de viaje. Es una ciudad que saluda al excursionis-

ta con la antigua fórmula castellana: Dios guarde á su merced. Sus innumerables escudos heráldicos, labrados sobre los portales de las casas solariegas, traen á los labios el vos. Coronando la ciudad, se yergue un castillo de picudas torres, donde parece escucharse aún el grito de los centinelas dando el alerta: es el Alcázar. Hé ahí la Catedral, la silueta imprescindible de todos los pueblos de vieja historia; cada aguja gótica es un surco venerable del rostro de una población octogenaria. Aquí vivió Juan Bravo; las piedras vetustas de ese edificio que se rinde, son sagradas; es un altar público, ante el que se debiera inclinar, al pasar, la rodilla. Microscópica, pequeñísima, detrás de una verja que se salva muy pocas veces, con su templete, se encuentra una virgencita, de gran veneración entre el pueblo: la de la Fuencisla. Gigantesco, récio, ofreciendo esa indestructibilidad que ha resistido á los siglos, llevando en su lomo de piedra un brazo de agua, con su augusto carácter romano, es el símbolo del pasado; j6ven, gallardo, esbelto, independiente, con su tradición gloriosa y levantisca, es la personificación del presente. El primero se denomina el acueducto, el segundo se llama alumno de artillería. Nombre de esta capital vetusta, magestuosa y simpática: Segovia.

Un yerno se baña á la vez que su mamá política, y permanece cruzado de brazos dentro del agua, viendo, con estoica impavidez, como su suegra, que ha perdido la cuerda, lucha aterrada con las olas. Acuden en auxilio de la señora, é interrogado el yerno que porqué no ha corrido en su auxilio, responde impávido:

—Porque el médico me ha recomendado que tome baños de impresión.

ALFONSO PEREZ NIEVA

CLICHÉS

I  
«Ayer fueron aprehendidos en la taberna del *Pelma*, por dos agentes y un cabo de policia secreta, los rateros apodados *Mandria*, *Currinche* y *Melena*, que, en unión de la *Parrala*, tomadora celeberrima, armaron un zipizape por cuestión de una cadena.»

—  
Esta noticia, la guardan ya los cajistas compuesta desde el año ochenta y siete, y, con poca diferencia, entra todas las semanas, pues cada seis días sueltan á los pájaros, y ¡es claro! los buscan á la hora y media, porque, no mas verse libres, hacen alguna que huelga.

II  
«Una irregularidad se ha cometido en la Hacienda de... (aquí la ciudad en blanco) por... (el nombre no se menta si es que la cantidad pasa de noventa mil pesetas). El autor no ha sido habido.»

—  
Esta línea se aprovecha íntegra. Algunos añaden: «Ni tampoco la moneda»; mas, pocos gacetilleros escriben ya esta advertencia, pues el lector lo supone, á poco *pesquis* que tenga.

III  
«Fuga.—Ha desaparecido hoy, de la casa paterna, una morena agraciada, en unión, según se cuenta, de un j6ven, sobrino de un título de la *Deuda*, es decir, no, de Castilla, según todas las sospechas, que comulga en el partido de la izquierda (ó la derecha), el cual ha desempeñado un alto cargo en... etcétera. Amorios contrariados han urdido la madeja.»

—  
Cuando se trata de títulos, los nombres ni una vez suenan,

y, la pareja de guardias civiles, á la pareja enamorada no coje... El cura es el que lo arregla todo en un momento. Pero, ¡cuidado que le suceda el caso á algún pelagatos! porque ni tiempo le dejan para sacar el billete y preparar la maleta. Eutonces, se hacen constar todos los pelos y señas de los dos enamorados, en forma folletinesca.

IV  
«El conde de... (¿Aquí una X? No, señor; aquí, con letras lo mismo que panecillos, todos los nombres y señas, y títulos académicos, y títulos de nobleza; luego, los tres consabidos imprescindibles etcéteras, pero no en cifra, á lo largo), ha dado de nuevo pruebas de tener un alma noble, sacando de la miseria á una familia indigente, de la calle de la Yedra.»

—  
¡Y dió un duro... en cinco veces! ¡Olé, la *filantropedia* del siglo de los progresos... y que viva la modestia!

V  
«Al entrar en *Jai-Alái* ayer, el marqués de Z., tropezó con una niña, asida á una pobre vieja, que le dijo: —Caballero, limosna para la ciega. Y el marqués no contestó ni «Dios la ampare» siquiera. Aun no hacía media hora ya estaba en esa ruleta que, al amparo de las leyes, despluma á cuatro eminencias tan obesas de dinero cual de sentimiento hueras, y á los azules, perdía el marqués diez mil pesetas.»

—  
Mucho ojo con citar nombres al tratar de esta materia porque si no ¡ya se sabe! habrá duelo... sin esquelas.

J. PEÑAFLORE DE GÁLLEGO





# ACADEMIA DE BAILE

## LA PROFESORA



**N**IÑAS, niñas, que no es eso! La mano izquierda se apoya en la vara pero suavemente; lo que se necesita nada más para sostener el equilibrio del cuerpo. ¿Por qué llora V., Juanita?

—Porque me he recortado mal un callo y no puedo hacer *batiman* siquiera.  
—¡Jesús, Jesús! ¡Callos una bailarina! Yo empecé a bailar cuando se inauguró el Teatro Real y me *quitè de la escena* cuando don Alfonso se casó en segundas nupcias, y no he sabido lo que es un callo durante mi larga carrera artística. Bien es verdad que las bailarinas de mi tiempo se han acabado.

—¡Ya lo creo! Todas las compañeras de V. se han muerto de viejas.  
—¡Insolente! No quiero decir eso, sino que las bailarinas de mi tiempo sabían calzarse de modo que evitaba esas groseras duricies. Ni juanetes he tenido tampoco. ¡Y cuidado si he bailado de puntas!... Todo el mundo sabe que han sido mi especialidad. Dios se lo pague á la Cesito y á la Guy Stephen, que me dieron muy buenas lecciones; aunque, á decir verdad, Mr. Massot y Mr. Mounet, fueron los que me iniciaron en el misterio de las puntas. Vamos á seguir. A una. No agarroten ustedes los dedos, juntando los unos á los otros. El índice y el meñique levantados con gracia sobre el nivel de los otros; el anular más bajo que el de corazón, y el pulgar un poco arqueado en su *segunda falange*.

—¿Y eso de falange qué es?

—En el presente caso, la que tiene uña, torpes.

—Si hablara V. en cristiano...

—Cuando sube la pierna, se extiende el brazo horizontalmente, hasta que la mano se encuentra con el pie. Eso es, pero más baja la punta, mucho más; los dedos mirando al suelo, como muchacha ruborosa. El baile pide voluptuosidad, pero no descaros ni procacidades.

Las bailarinas deben tener la flexibilidad del junco, la fantasía de las adas, y la modestia y el pudor de la violeta.

—Pues no pide V. mucho *pa* las tres pesetas de sueldo que nos dan...

—Muy flexible la cintura, niñas, muy flexible. Así como los *mozos cruos* han de ser *echaos pa elante*, las bailarinas han de ser echadas *pa atrás*. Y, sobre todo, que no se aparte nunca la sonrisa de los labios. Una bailarina seria es una estatua sin expresión. Ríase V., Juana.

—Si tengo un dolor de estómago que me parte...

—¡María Santísima! ¡Una bailarina con estómago!

—Si no me he desayunado. Tardaba mi madre en traerme el café económico, y para no faltar al ensayo me eché á la calle.

—Pues sonrías V.

—¡*Miá* que sonreirme en ayunas!...

—No hay más remedio. ¿Qué cara es esa, Romanita? Parece que esté V. llorando.

—Casi, casi...

—¿También está V. en ayunas?

—¡Cal! Pero me he tomado en la buñolería, una copa de anís y un *churro* que... ¡Clavado lo tengo aquí!

—Pues, una de dos; ó se ríe V. ó la despido.

—Bueno, me reiré sin ganas, y resultará la risa del conejo.

—El complemento de las bailarinas son los brazos. Una bailarina sin buenos brazos, es una mariposa sin alas, una flor sin perfume. ¡Ay! A la colocación de los brazos, debí yo mi primer matrimonio.

—¿Ha sido V. casada?

—Tres veces; y los tres se me han muerto...

—¿Por no verla á V., verdad?

—Por no verme metida en casa, como ellos querían. De celos se han muerto, ¡pero me tiraba tanto el baile!... Vaya, continuemos. *Ondulen* Vdes. los brazos... Suavidad, más suavidad... Como si estuvieran nadando... Pero mucho ojo,



porque en el baile hay que nadar...

—Y guardar la ropa.

—Perfectamente. Niña, niña, ¿qué movimientos son esos? Las caderas quietas.

¿Quién le ha enseñado á V. á mover las caderas de ese modo?

—Como he bailado tanto el género español...

—Eso se acabó para siempre, porque nos ha salido una *Sociedad de Padres de Familia*, en la que hay muchos solteros, que no perdona ni tanto así...

—Pues que cierren los teatros.

—Y que ensanchen los conventos.

(*Carcajada general*).

RAFAEL M.<sup>a</sup> LIERN



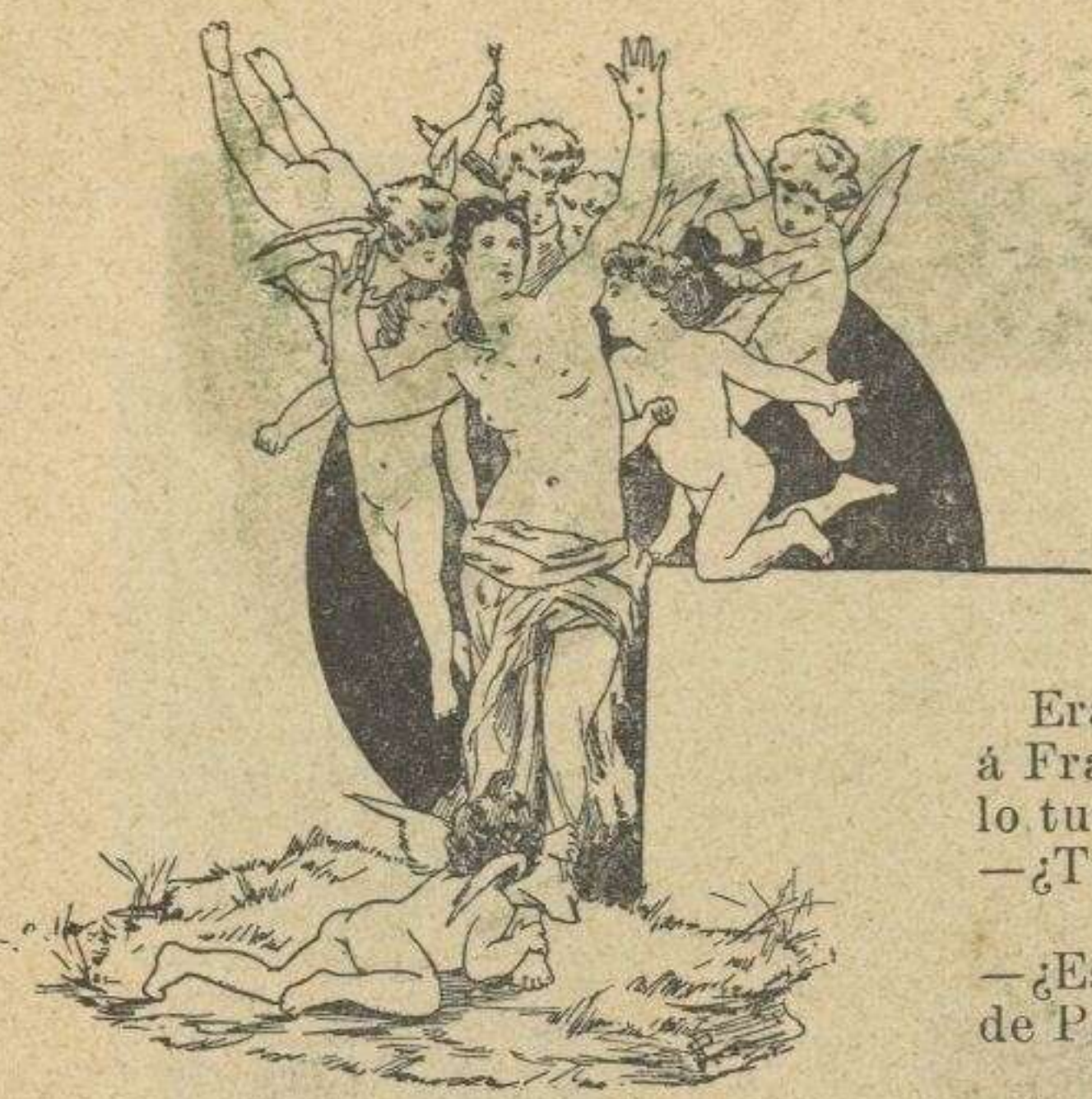


ESCENAS CAMPESTRES



EN LA DELICIOSA





NIÑERÍAS

—¡Ven, Teresa!  
—¡Voy, papá!  
—Mira que hermanito.  
—¡A ver!  
¿Cómo ha venido?  
—A mamá se lo acaban de traer.  
—¿Y es para nosotros?  
—Sí; se queda en casa.  
—¿De veras?  
—Ya no se marcha de aquí y es preciso que le quieras.  
—Dime, y ¿mamá no sabía que nos iban a traer este niño?  
—Sí, hija mía, ¡no lo había de saber!  
—Tú si lo ignorabas.  
—No.  
—¿Lo sabías?  
—Claro está.  
—¿Desde cuándo?  
—Que sé yo; desde el día en que mamá.

Era preciso escribir a Francia y por consiguiente lo tuvimos que pedir.  
—¿Tú y mamá?  
—Naturalmente.  
—¿Este también le han traído de París?  
—Es natural, allí se halla establecido el almacén general.  
—¿De modo que si cualquiera, porque se le antoja, escribe pidiendo el niño que quiera, enseguida lo recibe?  
—Claro.  
—Pues entonces yo, si escribo, recibiría otro también.  
—No, hija, no (¡vaya una majadería!)  
—Y si yo, como tú, aviso ¿porque me lo niegan?  
—Pues..... ¡caramba! porque es preciso que lo pidas en francés.  
—Algo sé.  
—No es suficiente lo poco que has estudiado.  
—(Ese es un inconveniente en que no había pensado).

Hoy, firme en su pensamiento, recuerda a Paris Teresa, y no abandona un momento la gramática francesa.

MIGUEL TOLEDANO

QUITAR EL PELLEJO

Las frases de «arrancar el pellejo», «sacar el pellejo á tiras» y otras análogas, habíanme parecido siempre un simbolismo para denotar los resultados de la difamación murmuradora, hasta que, hace algunos años, entrando á ver una colección de figuras de cera, cuyo dueño hizo muy buen negocio en Madrid, pude observar, como complemento y añadidura de la Exposición citada, una piel humana, perfectamente curtida.

—¿Es posible,—me pregunté entonces,—que la piel del hombre tenga tanta semejanza con la de algunos animales? E involuntariamente me puse á meditar en las aplicaciones industriales que podría tener.

Algunas lecturas posteriores me indicaron que mi presunción no había sido infundada. Por ellas supe que, en no recuerdo qué pueblo de la clásica antigüedad, se había tapizado con la piel de un juez prevaricador, el sillón en que se sentaba su sucesor para hacer justicia; que á Luis XV de Francia, se le había obsequiado galantemente con unas zapatillas de piel humana; que en el Museo de Versalles se conserva la de la mujer de un curtidor, trabajada por su mismo marido en castigo de sus infidelidades; que en Francia también, y á mediados del siglo XVIII, un individuo se hizo cortar unos pantalones con la piel de su criada, ahorcada por ladrona, y que se complacía en darse golpes en los muslos, exclamando: «¡Aquí está la gran bribona, aquí está!» Pero ¿no se dijo también, hace poquísimos tiempo, que al ser guillotinado Pranzini, se había utilizado su piel para hacer petacas?

En las fiestas del Sér Supremo, durante el Terror, varios representantes del pueblo llevaban pantalones, que se decía eran también de piel humana, curtida en Meudon, aunque esto último se ha demostrado plenamente ser inexacto, pues la fábrica misteriosa de dicha localidad no se dedicaba, ni mucho menos, á este género de trabajos. La voz general acusaba, no obstante, á Robespierre, Barrere, Villand Vasennes y otros, de utilizar la piel de los decapitados para la industria pantalonera, con tal insistencia, que los aludidos tuvieron que protestar y que un redactor del *Diario de las Leyes*, llamado Galetti, insistiendo en sus afirmaciones, se declaró poseedor de un ejemplar de la Constitución de 1793, encuadernado en piel humana; este ejemplar, después de pasar por varias manos, fué adquirido en 1889, por el Museo Carnavalet de París.

En esta clase de encuadernaciones, se citan también dos volúmenes conservados en Malborough House, y procedentes de la piel de una bruja, Mary Ratmann, ejecutada, por asesinato, en los comienzos del presente siglo, y un ejemplar de *Los Fardines*, del poeta Delille, con algunos fragmentos del cuerpo del autor en el lomo. El bibliomano Andrés Leroy, consiguió dos tiras de la epidermis del poeta, cuando estaban embalsamando su cadaver, y adornó con ellas el ejemplar, que es hoy propiedad de sus descendientes.

El libro más moderno encuadernado en piel humana, si hemos de creer al distinguido revistero francés Jacobo Lefranc, es uno que posee el ilustre astrónomo Flammarion, y su origen no puede ser más novelesco.

Una joven condesa, habitante en Francia, aunque de origen extranjero, era aficionadísima á los escritos de Flammarion, é hizo que su esposo le invitase á pasar una temporada con ellos en el palacio que tenían en el Jura. La condesa no contaba veintiocho años, y, casada con un hombre de edad mucho mayor, era romántica y neurótica, y estaba gravemente enferma del pecho. Hablaba de su próximo é inevitable fin con dulce filosofía; en las noches plácidas se complacía en mirar las estrellas, y una vez dijo á Flammarion: «Llegará un día en que he de regalarle algo, que no podrá usted rechazar sin ofenderme».

Algunos meses después murió la condesa y Flammarion lo supo por una carta del médico, á la que iba unido un paquete conteniendo una piel blanca, gruesa, fría al tacto, y que producía, según el sabio astrónomo, cierta conmoción eléctrica. La carta se hallaba concebida en los términos siguientes:

«Querido maestro:

Cumplo los deseos de una muerta, que le amó á usted mucho. Me hizo jurar que enseguida que muriera haría llegar á manos de usted, la piel de los hermosos hombros que tanto le admiraron «el día de la despedida», siendo su deseo que haga usted encuadernar

¡¡PATA!! POR FRADERA



—Dime, Robustiano: ¿sabrias algún sitio para ir de espera y que no encontrara á los Civiles?  
—Como saberlo... si, señor. Las peñas de las Hogazas.



—En vista de ello, el bueno del tío Lesmes, allí se encaminó.



—¡Ajajá! ¡Me río ahora de toa la Guardia Civil. El terreno este no debe conocer los sombreros apun-taos!



—¿Cómo que no, buen hombre? ¡vén-gase V. con nosotros!



en ella el primer ejemplar de la primera obra que dé á la estampa. Cumpló mi compromiso, enviándole la reliquia.

Doctor V...

—Efectivamente, dice M. Flammarion, había admirado antes los hermosos hombros de la condesa de X..., cuya piel recibía. ¿Qué haría con el regalo? ¿Devolverlo?... Estuve tentado de hacerlo así; pero ¿por qué no cumplir el deseo de una mujer, cuyo recuerdo me era grato? Envié, pues, la piel á un curtidor, que la estuvo trabajando tres meses con el mayor esmero y que me la ha devuelto blanca, inalterable, y de un grano soberbio, encuadernando después con ella mi reciente libro *Tierra y Cielo*.

Aunque inverosímil la historia, hay que creerla, desde el momento en que la refiere el protagonista, haciendo exclamar al citado revistero M. Lefranc:

«Señor sabio: un poco más de discreción».

Por otra parte, todo el horror que puede inspirar este género de industria, desaparecerá indudablemente al observar la naturalidad con que en el *Diccionario de Historia Natural*. (París, 1775) se da la receta para curtir la piel del hombre y que es la siguiente:

«Hágase macerar durante algunos días en una legía cargada de alumbre, de vitriolo romano y de sal común; retírese luego, déjese la secar á la sombra y pase al preparador».

La industria, con tales antecedentes, es capaz de las mayores empresas. Hace veinte años sólo se usaban guantes de piel de cabra; hoy, el noble animal amigo del hombre, el perro, es exclusivamente el que da la primera materia; con el tiempo es indudable que, utilizando la piel humana, podremos usar zapatos y guantes sin costura.

Y, no se alarmen con exceso las señoras mujeres: ¿acaso no gastan añadidos de pelo del prógimo?...

M. OSSÓRIO Y BERNARD

CUESTIÓN DE NOMBRES

Después de una tormenta de diez días de caer granizo y nieve, y rayos y agua, acurrucada en el rincón más hondo de su pobre barraca, aterida de frío y muerta de hambre, se consumía una negruzca araña. Acabadas las pocas provisiones que tenía, la pobre, almacenadas, en los primeros días en que el tiempo la hizo hacer calabozo de su casa, pasaba días y pasaba noches, siempre con la esperanza de ver cuando acababa aquella tromba, que ella consideraba una desgracia, sin saber que, á los campos y á los hombres, les valía muchísimo aquella agua. Y aunque casi tenía su vivienda, de agua y barro y escombros inundada, haciendo unos esfuerzos, imposibles en otras circunstancias en que, el hambre y el miedo de la muerte, no le dieran la fuerza que le daban, por ver si se acababa su agonía, se asomaba á mirar á la ventana,

y al ver que el agua, en imponentes chorros, todavía caía y rebotaba sobre la tela de su pobre nido, que colgaba ya rota y destrozada, —No se vé ni una mosca—se decía.— ¡Nada! ¡No pasa una alma!... Y estaba decidida ya y dispuesta á irse al sitio más hondo de la casa, y haciéndose un ovillo, y apretándose el aterido cuerpo con las patas, dejarse ya morir, tirando á un lado, por perdida é inútil, la esperanza, cuando en la tela se enredó una mosca, como por una mano colocada.

A aquel poder oculto y misterioso, que hizo que aquella mosca se enredara, le llama desde entonces *Providencia*, la agradecida araña.

La mosca, como al cabo fué comida, no se pudo saber lo que le llama.

MARCIAL DE LOS RIOS



Concha regaló un bastón á su primo Luis Pantoja, y éste va diciendo á todos que tiene un bastón de Concha.

EDUARDO GUILLAR

El *Ensanche* está intransitable, como decía, hablando del campo de la literatura, aquella señorita de *Clarín* Los ratas de la Gran-Vía, y de los alrededores, no se conforman

ya con contar, sino con el *visto bueno* de las descuidadas autoridades, con el *no visto malo* por lo menos, si no que hasta á las mismas autoridades se atreven.



Después de haber atracado á un pobre artista *de manubrio*, de esos que se ganan honradamente la vida dando *lantas* con el piano mecánico á los vecinos, han atracado estos días, en los alrededores de *El Ninot*, nada menos que á un respetable *sereno*.

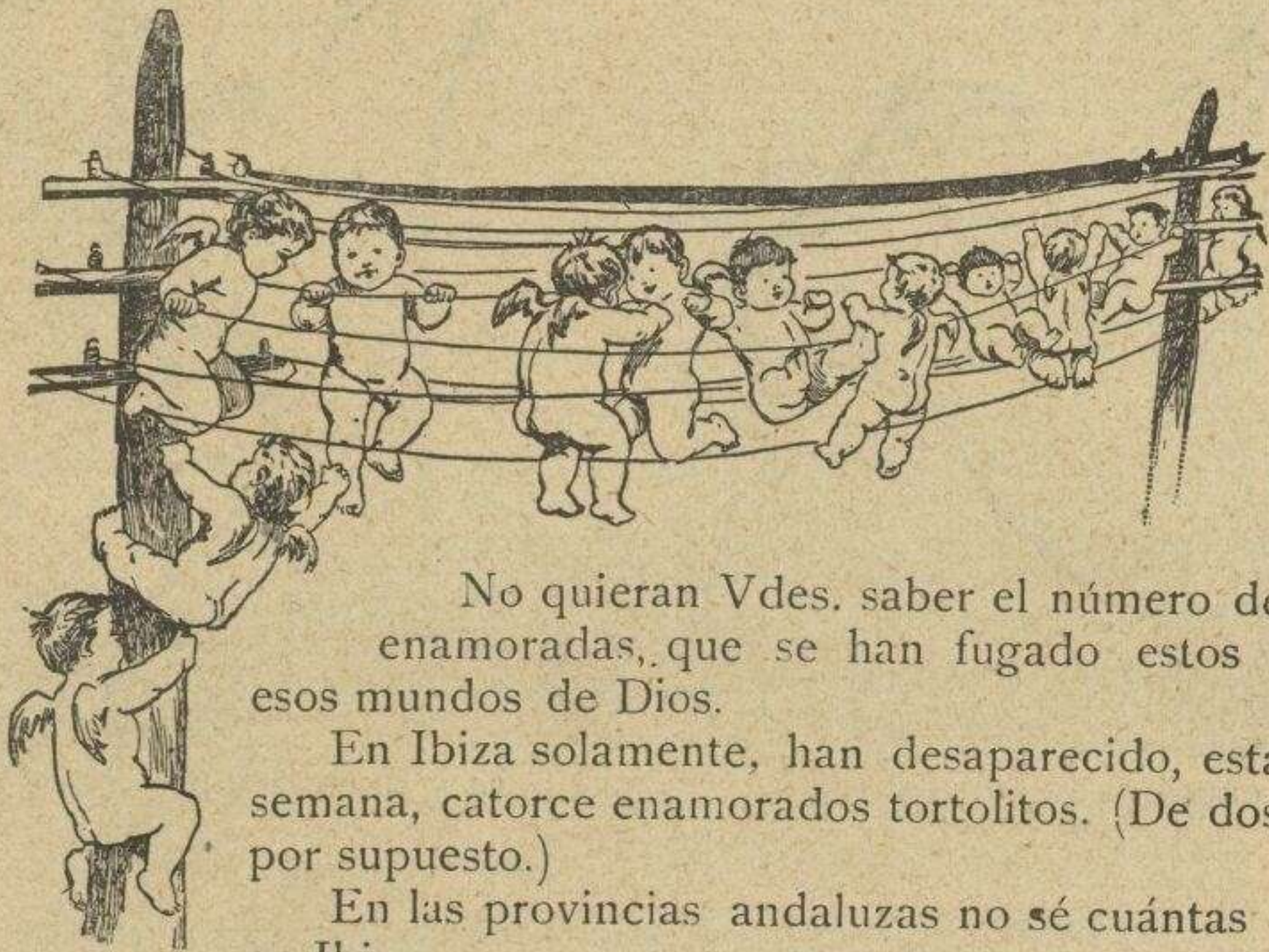
Debieron padecer, sin duda, una equivocación lastimosa, porque se asustaron y se dieron á la fuga, en cuanto conocieron que se las habían con un sereno tan... sereno.

Y supongo yo que, de haberle visto el chuzo con tiempo no hubieran intentado el atraco.

Pero de todos modos, esto es ya el colmo de los colmos.

Lo que decía el hombre, en cuanto se repuso de la primera impresión. (Y no digo del susto, porque un hombre *sereno* me parece que no se puede asustar de nada).

—¡Esto es ya para perder la *serenidad*!



No quieran Vdes. saber el número de parejas enamoradas, que se han fugado estos días por esos mundos de Dios.

En Ibiza solamente, han desaparecido, esta última semana, catorce enamorados tortolitos. (De dos en dos, por supuesto.)

En las provincias andaluzas no sé cuántas más que en Ibiza.

En Zaragoza, dos. (Dos parejas.)

En... fin, que la lista de esta semana dejaría pequeña á la *lista grande*.

En Barcelona, la última pareja fugada se ha llevado, según los periódicos que han dado la noticia, siete mil pesetas, alhajas y muebles, del marido de la interfecta.

(Porque también se dán casos de fugarse casadas.)

Tanto, que el telégrafo no ha funcionado estos días más que para avisar á las autoridades que detengan á los fugitivos, los pocos ratos que le han dejado libres los revolucionarios levantiscos de Valencia y Aragón.

De modo, que todo se le han vuelto *partidas*.

*Partidas armadas y partidas serranas.*

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Retolondrón.—Madrid.—Algo incorrecta y demasiado *diluido* el asunto, que no es digno de tantos versos.

J. H.—Barcelona.

«Tú, *Bella chiquita*, que has conseguido subir al pináculo de la gloria, aunque llegues á hacer tanto ruido... ten de mi memoria.»

Bueno, que la tenga. Pero tenga V. también una poca para acordarse de que no debe hacer más versos.

M. T. Río.—Barcelona.—Puede ser que, por aquello de estar cerradas las Cortes, *masurka* y *cuca* sean consonantes para V., pero yo no apostaría un higo á su favor.

M. M.—Segovia.—¿Insultar de ese modo á un profesor por que le ha suspendido?...

Apuesto á que él no es bruto, no señor... es otro, (y no se dé por aludido).

M. A.—Madrid.—El artículo es de unas proporciones colosales.

H. I. J.—Barcelona.—Aprovecharé alguno de los cantares.

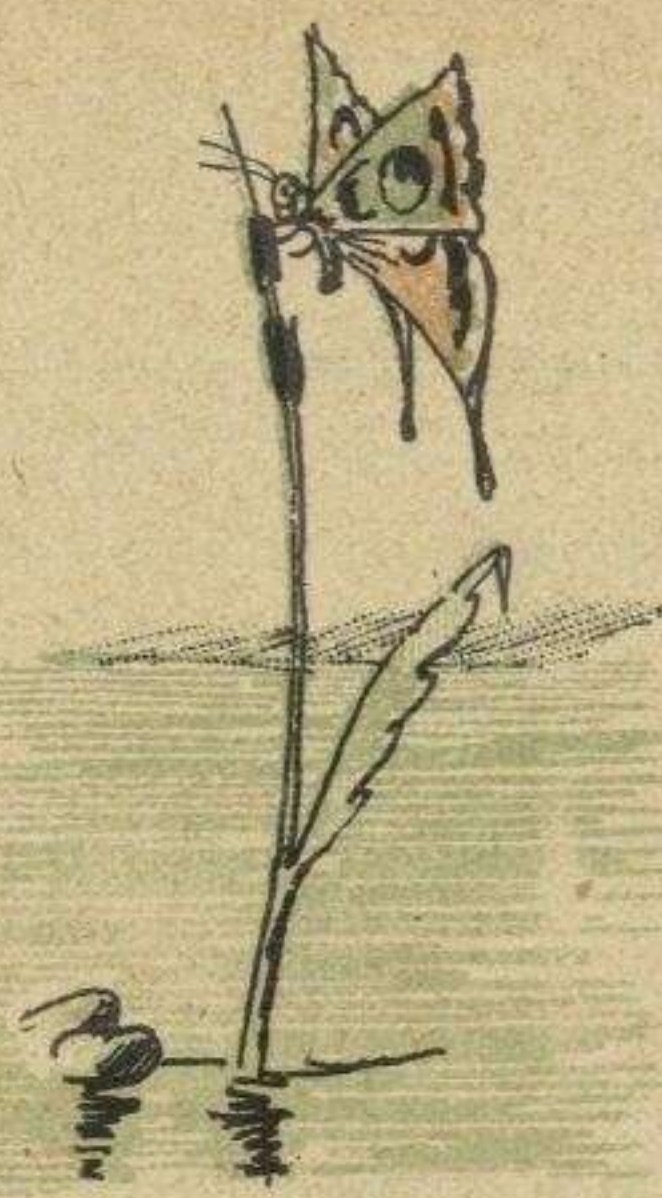
Pipino.—Madrid.—Esos los aprovechará el basurero.

(Quedan más cartas por contestar.)





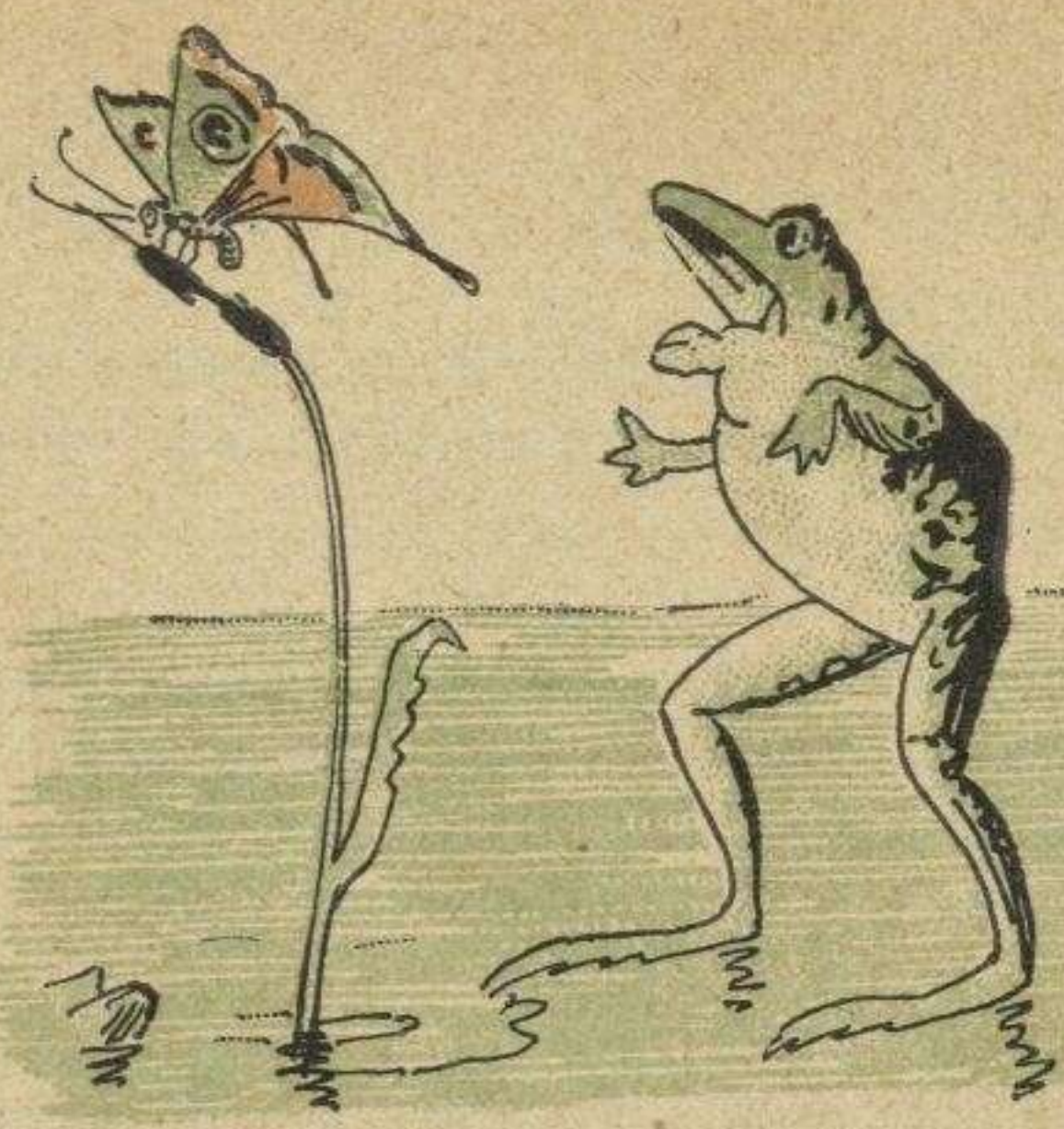
La escena era charca, un junco y la inmensidad.



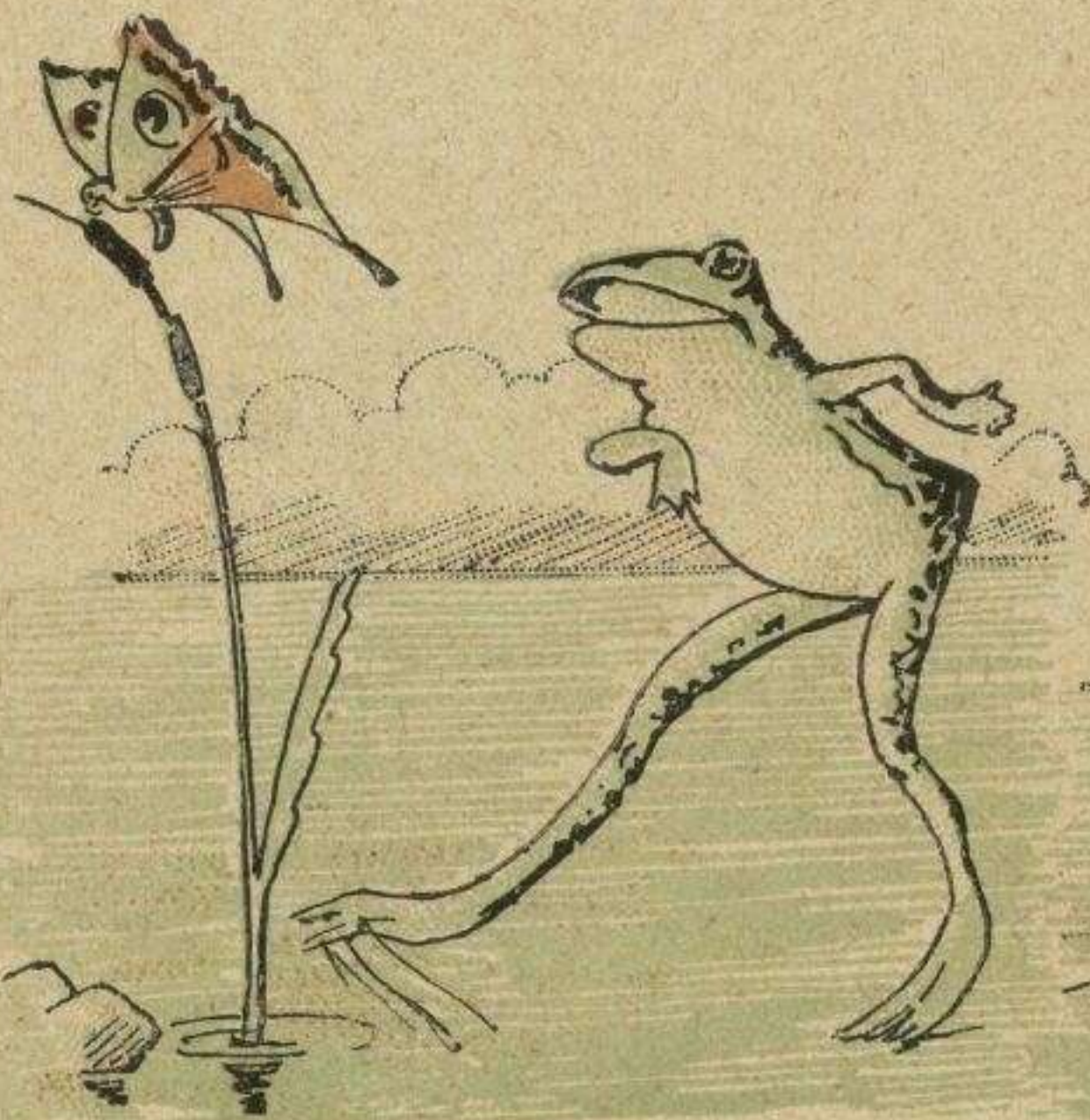
Aparece en escena un personaje.



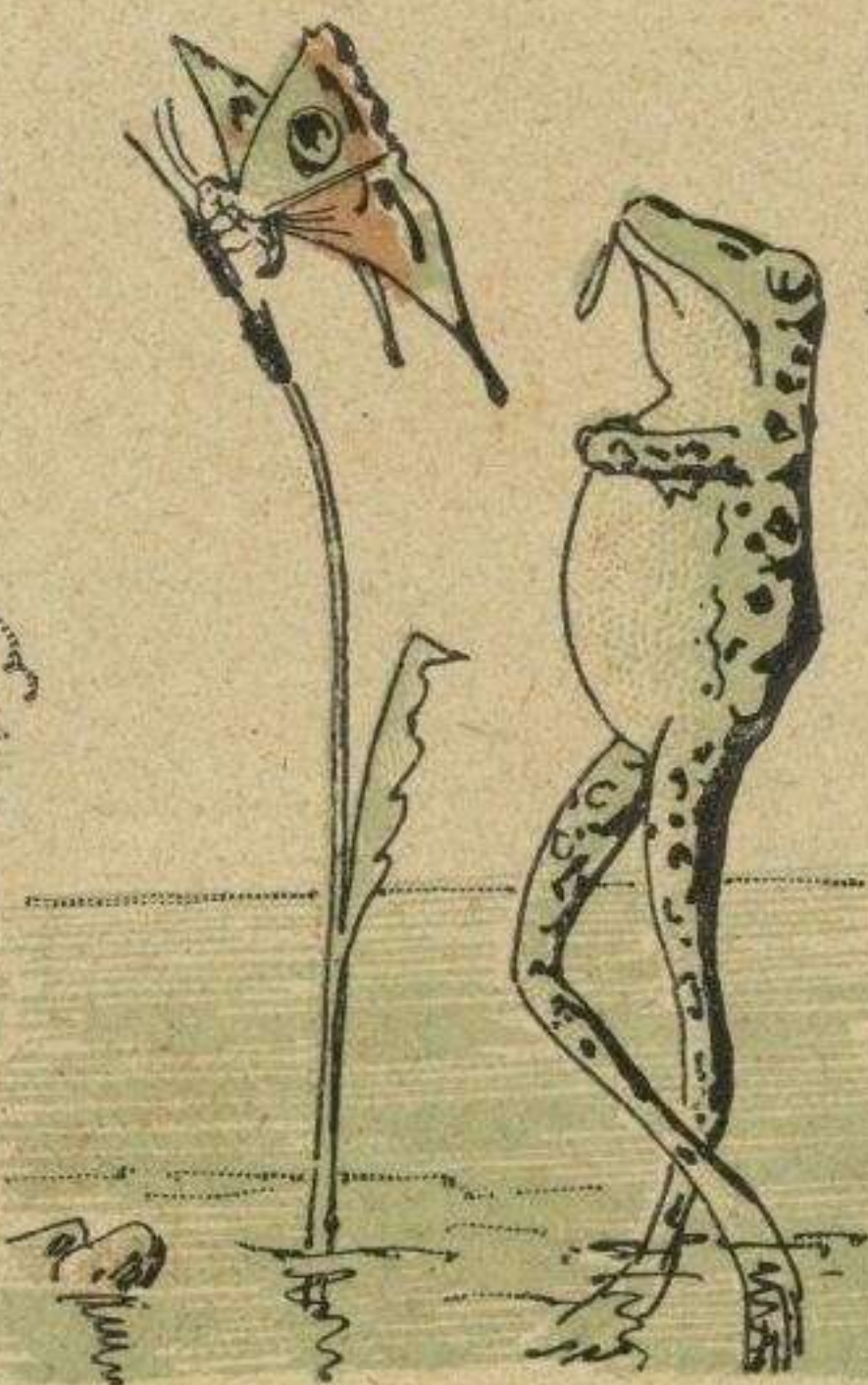
que vá á posarse sobre el junco.



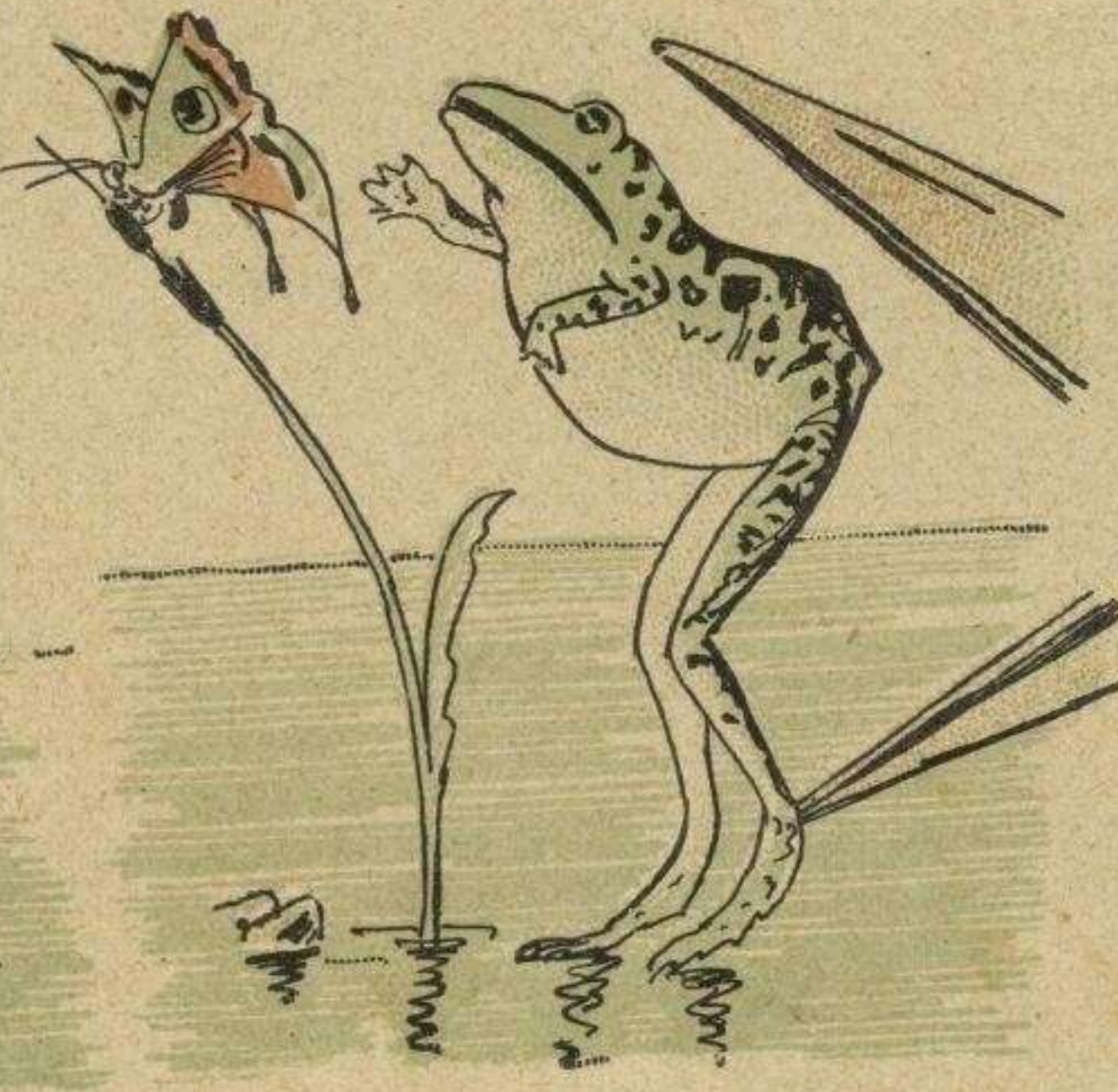
Admiración de otro personaje que se presenta de repente,



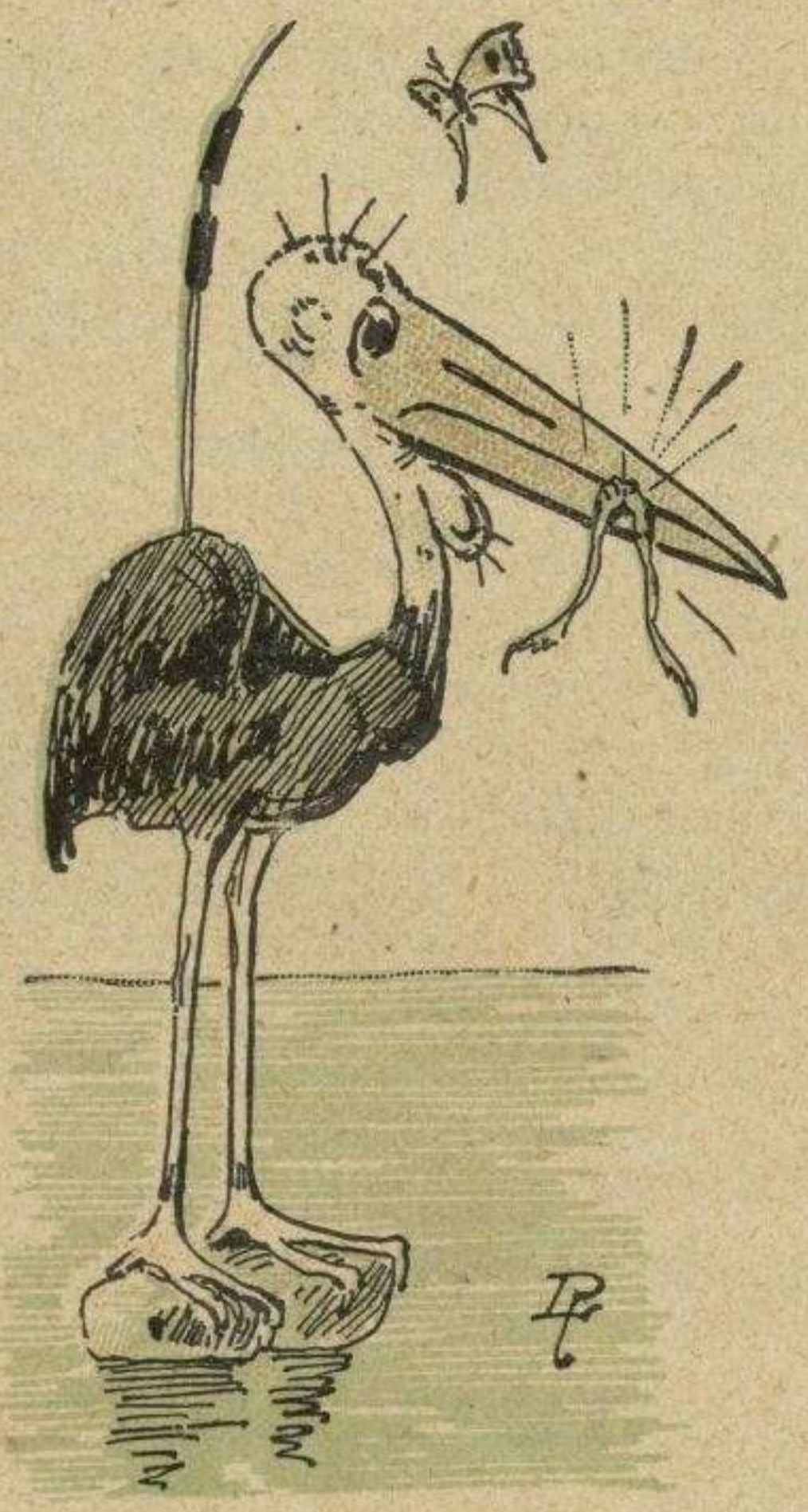
y, caminando con cautela,



se para y lo contempla,



disponiéndose á dar un golpe atrevido.



Pero, la casualidad hace que se cumpla el refrán de que «quien á hierro mata.....»



## TALLERES DE TIPO-LITOGRAFIA

ENCUADERNACIONES, RELIEVES

◆◆◆◆◆ Y CASA EDITORIAL ◆◆◆◆◆

DE

# BUSQUETS HERMANOS

Calle del Olmo, núm. 8

BARCELONA

## PLUMA Y LAPIZ

◆ PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO ◆

SE PUBLICA LOS JUEVES

### SUSCRIPCIONES

Barcelona. . . . . trimestre 2 Pesetas  
 Provincias. . . . . semestre 4 ,  
 Ultramar y extranjero. . . . . un año 13 ,

TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO

### CORRESPONSAL EN MADRID

para la venta de números corrientes y atrasados

D. ANTONIO FERNANDEZ. — MAYOR, 2 Y 4

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN BUENOS AIRES

D. EMILIO A. COLL. — Calle de Chile, número 2164

### VERMOUHT UNIVERAL

PREMIADO EN TODAS LAS EXPOSICIONES  
 FABRICA EN SANS  
 CALLE DE COLÓN, N.º 88

Depositaris Exclusivos en España  
 DE LOS ACEITES,  
 grasas y desincrustantes  
 MARCA FENIX  
 Correos, Empaquetaduras, Gomas,  
 Algodones, Amiantos, etc.

---

BUSQUETS Y TORRA

---

Importación directa de aceites minerales  
 de Rusia y América

BILBAO, BAILEN, 17  
 —(Teléfono n.º 638)—